

EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

14 DE SEPTIEMBRE

1. Introducción

La fiesta de la Exaltación de la Cruz es de origen Palestino. Ya Egeria hace una descripción de esta celebración y señala la presencia de monjes y consagradas que iban de Siria, Egipto y Tebaida y otros lugares para participar en esta celebración. Al terminar su escrito dice:

Se denomina día de las “encenias” (consagración) cuando fue consagrada a Dios la santa iglesia que hay en el Gólgota, llamada Martyrium. Igualmente el mismo día fue consagrada también la santa iglesia de la Anástasis, o sea, donde el Señor resucitó, después de la pasión. Con el mayor honor se celebra la consagración de estas iglesias santas, porque fue encontrada ese mismo día la Cruz del Señor. Por esta razón fue ordenado que, por haberse consagrado esas iglesias santas, como dije, el día en que fue hallada la santa Cruz del Señor, conjuntamente se celebre con la mayor alegría, y porque sabemos por las Sagradas Escrituras que es el día de las encenias (consagración) aquel en que el santo Salomón terminó la casa que había construido para Dios, sacrificó ante su altar y oró, como está escrito en el libro de los Paralipómenos (cf. Par. II, 7, 8 = 2 Cro 7, 1 ss.).

Al llegar este día de las encenias, se celebran durante ocho días. Ya desde muchos días antes comienzan a acudir de todas partes grandes multitudes no sólo de monjes y apudactitas (consagradas) de las diversas provincias, sino también de Mesopotamia, de Siria, de Egipto o de la Tebaida, donde hay muchos monazontes (monjes), así como de otros varios lugares o provincias. Pues apenas hay nadie que por esos días no vaya a Jerusalén para gozar de tan gran alegría en días tan honorables. También hombres y mujeres seglares se reúnen esos días santos en Jerusalén con ánimo fiel, procedentes de todas las provincias. Los obispos, aunque son menos, pasan cuarenta o cincuenta días en Jerusalén. Con ellos vienen muchos clérigos. Y ¿qué más podré contaros? Algunos creen haber incurrido en pecado grave si no asisten esos días a tales solemnidades, porque algún inconveniente o necesidad impida a esas personas cumplir con su deseo. El ornato de todas las iglesias durante esos días de las encenias es

parecido al de los de Pascua o de la Epifanía, y se celebran actos religiosos cada día por los diversos lugares (Itinerario c. 48,1-2).

La antigüedad de esta celebración (comienzos del siglo IV) hace que, a lo largo de los siglos, se hayan sumado tradiciones e historias en torno a la realidad del Madero de la Cruz y su veneración. También su sentido litúrgico y espiritual ha ido tomando diversas perspectivas que se deben considerar. Vamos a repasarlos.

Dice G. M. Oury: “Los relatos del descubrimiento de la Cruz de Jesús, su “invento” (encuentro) aparecen a fines del siglo IV, y ponen este descubrimiento en relación con el peregrinaje que hizo Santa Elena a Jerusalén hacia el año 320. De hecho, Eusebio de Cesarea, el historiador del emperador Constantino, se contenta con referir que la madre de éste hizo el peregrinaje a Palestina e hizo edificar las dos basílicas: la de Belén, la del Calvario y la del Monte de los Olivos...

La Cruz de Jesús entonces habría sido encontrada antes del tiempo de Santa Elena. Sabemos por las “Catequesis” de San Cirilo de Jerusalén que a mediados del siglo IV la reliquia era venerada en la Ciudad Santa y que numerosos fragmentos habían sido desprendidos para darlos a otras iglesias: *“Se puede hasta hoy ver, en medio de nosotros (el madero de la Cruz)”* -dice y, además- *“Éste ha sido distribuido en fragmentos por toda la tierra”, y: “la fe ha sobrepasado a los detractores” ...*

Por otra parte, Constantino, antes de la batalla de Puente Milvio, habría visto en el cielo una Cruz y un lema que decía “bajo este Signo te salvarás”, tal como lo narra Eusebio de Cesarea (*Vida de Constantino III, 4*). De este modo Constantino habría reemplazado con la Cruz el Águila de Júpiter que llevaba grabada en el estandarte real, transformándose en la verdadera Bandera del Rey. A este estandarte victorioso le canta el himno de Venancio Fortunato *Vexilla Regis*.

Junto con la Cruz se veneraba el “*titulus*”, la inscripción colocada en la Cruz sobre Jesús.

La Iglesia de Roma había adquirido tres fragmentos de la reliquia de la Cruz; el primero se conservaba en la basílica estacional “Santa Cruz en Jerusalén”, antigua residencia romana de la emperatriz Helena; el segundo en el Oratorio Santa Cruz de Letrán, edificado por el Papa Hilario

(461-468); el tercero en el Oratorio de la Santa Cruz del Vaticano, construido por el Papa Símaco (498-514).

El famoso oratorio llamado “Galla Placidia” en Ravena, célebre por sus mosaicos, es en realidad un oratorio consagrado a la Santa Cruz y las pequeñas reliquias de la Cruz se han diseminado por doquier en el mundo...”¹.

La Iglesia de Jerusalén ha celebrado el 13 de septiembre el aniversario de la consagración de la Basílica del Santo Sepulcro; según Egeria, el día había sido elegido porque coincidía, se creía, con el aniversario del descubrimiento de la reliquia. La celebración se prolonga durante ocho días. El segundo día, 14 de septiembre, tenía lugar una ostensión solemne de la Cruz, su “exaltación”, en la que se “elevaba” la Cruz para bendecir a los fieles.

Otra fiesta de la Cruz era celebrada el 7 de mayo, según el Leccionario armenio: ese día, en el 351, como lo atestigua San Cirilo de Jerusalén quien relata el hecho en una carta, una Cruz luminosa apareció en el cielo y sus brazos se extendían hasta el Monte de los Olivos.

Bizancio celebra la fiesta del 14 de septiembre por lo menos desde el siglo VI; durante toda la noche dos cirios arden ante la Cruz levantada en el altar; después de Maitines se desarrolla una procesión solemne, luego tiene lugar la cuádruple bendición de los cuatro puntos cardinales con la Cruz levantada, luego sigue la veneración. Se canta a la victoria de la Cruz y se ayuna, día de alegría y de duelo.

Igualmente hay una conmemoración el 7 de mayo y otras dos celebraciones de la Cruz, una el tercer domingo de Cuaresma, otra el 1º de agosto, dos fiestas ligadas una de ellas a una traslación, la otra a una exposición de la reliquia conservada en el palacio imperial.

Roma en un principio poseyó una sola fiesta de la Cruz, el 3 de mayo, considerada como el aniversario del descubrimiento de la Cruz por Santa Elena; la celebración se extendió por España, Galia e Italia del norte.

¹ OURY G.M., *Celebrar a Cristo*, Buenos Aires, 78-79.

La festividad del 14 de septiembre era la fiesta observada por la colonia griega de Roma, es posible que su difusión a todo el conjunto de la Iglesia de Roma sea debida al Papa griego Teodoro (641-649) originario de Jerusalén. Ese día había una veneración solemne de las reliquias conservadas en la Santa Cruz de Letrán.

Los “Actas de San Andrés” que han dado origen a las antífonas de su fiesta, muestra como los cristianos de la época patrística han encarado la Cruz: *“Te saludamos, Cruz santificada por el cuerpo de Cristo, ¡adornada por sus miembros como por piedras preciosas!*

El rito de “exaltar” la Cruz, elevándola a la vista de todos es considerado en la liturgia, especialmente por la primera lectura, como una realización tipológica de la serpiente levantada por Moisés, para sanar a los israelitas picados por las serpientes en el desierto (*Nm 21,9*). En este sentido la Cruz exaltada, dentro del Misterio Pascual, corresponde a la elevación de Cristo, tal como él lo había anunciado. La Exaltación de la Cruz es puesta en referencia a la Ascensión, que es la figura del Pantocrátor, tal como lo dice el Señor en su despedida, antes de ascender: *Me ha sido dado todo poder, en el cielo y en la tierra... (Mt 28,18)*.

Por otra parte, el carácter simbólico y concreto que recibe la Cruz lleva también, desde los comienzos del cristianismo, a que el “signo” mismo de la Cruz reciba un valor cuasi sacramental. De hecho, la Comunión de este día canta al “signo de la Cruz” (*“Per signum crucis”*). Tertuliano, en su *De Corona* (3,2; año 211), dice que los cristianos realizan este signo antes de empezar cualquier cosa significativa.

También Justino Mártir, en los capítulos 55 y 60 de su Primera Apología (Defensa de la fe cristiana, dirigida al emperador Antonino Pío y, por lo tanto, escrita entre 148 y 155 d. C.), dice que es un símbolo común dentro de los cristianos, pero no por un simple sentido devocional (¿es decir, sacramental?).

Sabemos por la *Regla* de san Benito, que el año, tal como era concebido en el cristianismo del siglo VI en Italia, tenía dos ejes: Pascua y el 14 de septiembre:

La ociosidad es enemiga del alma. Por eso los hermanos deben ocuparse en ciertos tiempos en el trabajo manual, y a ciertas horas en la lectura espiritual. Creemos, por lo tanto, que ambas ocupaciones pueden ordenarse de la manera siguiente:

Desde Pascua hasta el catorce de septiembre, desde la mañana, al salir de Prima, hasta aproximadamente la hora cuarta, trabajen en lo que sea necesario... Si las condiciones del lugar o la pobreza les obligan a recoger la cosecha por sí mismos, no se entristezcan, porque entonces son verdaderamente monjes si viven del trabajo de sus manos, como nuestros Padres y los Apóstoles. Sin embargo, dispóngase todo con mesura, por deferencia para con los débiles. Desde el catorce de septiembre hasta el comienzo de Cuaresma, dedíquense a la lectura hasta el fin de la hora segunda. (c. 48,1-10).

Se trata de dos ejes pascuales que dan el sentido a las actividades del año que giran en torno a ellas y regulan el ritmo y sentido de todas las actividades.

Junto con esa presencia de la fiesta de la Exaltación en el año monástico, también debe tenerse en cuenta lo que el Papa Gregorio refiere acerca del valor del signo de la Cruz en la vida de san Benito. Se trata del Signo de la Vida y de la humildad, de modo que el monje soberbio debe hacerse una Cruz sobre su pecho por motivo de los pensamientos de orgullo que vienen a su corazón. Siempre se trata de una configuración con Cristo.

Finalmente, el sentido Pascual de esta fiesta es el que ha llevado a que en los textos de la Misa del 14 de septiembre estén tan presentes las palabras cantadas en el Triduo Pascual, en los himnos de Venancio Fortunato, especialmente el "*Cruz fidelis*".

Todo esto nos hace ver que la Fiesta de la Exaltación de la Cruz no sólo es una conmemoración devocional de la Cruz, sino que además es un verdadero revivir la Pascua y volver a dar un sentido al resto del año que se aleja de la Noche Pascual y puede perder su horizonte y sentido, renovando la vida de los fieles. La celebración de la Pascua pone en evidencia el lugar que ocupa la Cruz. La celebración de la Exaltación pone en evidencia el carácter Pascual de toda Cruz, como fuente de vida. Como dijo el Papa Francisco: en esta Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, debemos estar en guardia antes dos tentaciones que se pueden presentar cuando nos encontramos ante de la Cruz de Cristo: pensar en *un Cristo sin cruz* y pensar en *una cruz sin Cristo*.

2. El Introito: *Nos autem gloriari oportet*

La Misa de este día comienza como lo hace todo el Triduo Pascual, el Jueves Santo: *Nosotros debemos gloriarnos en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo...*

Intr. 4.

N OS au- tem * glo-ri- á- ri opór- tet in crú-
 ce Dó-mi-ni nóstri Jé- su Chrí- sti : in quo est sá-
 lus, ví- ta, et re- surrécti- o nó- stra : per quem sal-
 vá-ti, et lí-be-rá- ti sú- mus. *Ps.* Dé- us mi-se-re- á- tur
 nóstri, et bene- dí- cat nóbis : * illúminet vultum sú- um su-
 per nos, et mi-se-re- á- tur nóstri. Nos au- tem.

Reproducimos el comentario a este Introito para el Jueves Santo que, por su mismo contenido, permite reconocer su lugar en la Fiesta de la Exaltación de la Cruz.

Como Introito de la Misa que conmemora <la Primera Misa>, podríamos esperar un canto... más Eucarístico. De hecho, en la práctica, aunque no faltan melodías para este texto paulino, o que hagan referencia a él, muy a menudo sucede que la elección del canto para el Introito de la Misa *In Coena Domini*, es un canto eucarístico, en un sentido general, en cuanto se canta ... al pan y al vino eucarísticos. Por otra parte nos decimos a nosotros mismos, ¡esta es la Misa en la que conmemoramos la institución de la Eucaristía, la primera Misa! Por qué entonces, la Liturgia nos ofrece un canto que aclama: “*Nosotros debemos gloriarnos en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo*”. ¡Un canto que proclama la Cruz como “nuestra” gloria!

Y no sólo canta a la Cruz como nuestra gloria, sino que además el acento, desde la primera palabra, se coloca sobre nosotros: ¡Nos! Somos nosotros quienes estamos llamados a entrar en este sacrificio, para ofrecernos en este sacrificio, de tal manera de poder ser transfigurados en la gloria resplandeciente de Cristo, nuestra salvación, vida y resurrección.

En la noche de la Última Cena, con la Misa de la Cena del Señor, estamos entrando en el primer día del Triduo, estamos entrando en el viernes (en sus “vísperas”). Y con el Introito *Nos autem gloriari* ya cantamos la unidad profunda de esta “Hora del Señor”. Para caracterizar esta unidad ayuda la maravillosa melodía, elaborada en el modo 4, caracterizado, según los antiguos, como el modo “que no termina”, y que, por eso, es el más apropiado para la contemplación.

El modo cuarto tiene su nota final en MI. La cadencia que cierra la melodía pasa a través del Fa para descender al MI, en un intervalo de semitono: es una manera de terminar que parece nunca terminar. Se mantiene como en el aire, suspendido.

¡Y nuestro asombro crece cuando observamos que también el Introito *Resurrexi* del Domingo de Resurrección se construye en el cuarto modo! Este modo cuarto, un camino que no termina, una forma elemental de contemplación, une en un gesto único y profundo el primer canto del Triduo con el canto del tercer día del Triduo: ¡el canto del Triduo es un único canto maravilloso y singular!

Nos autem, por lo tanto, como primer canto del Triduo Pascual, nos ayuda a captar la unidad profunda del Triduo y a entrar en él. Lo hace al recibir este misterio en una contemplación interior e íntima que tiene en el “Nosotros” el tema principal.

La dimensión de “Nosotros” caracteriza la estructura completa de la antifona, pues:

* está presente en los cuatro versículos del Introito:

1. El “Nos” al comienzo del Introito;
2. El “noster” en la segunda línea, en el medio del santo nombre: *Domini nostri Iesu Christi*;
3. “Nostra” en la tercera frase;

4. Y, finalmente, en la cuarta frase, como sujeto del verbo “*sumus*”.

* está presente como primera palabra (*Nos*) y última palabra (*sumus*) del Introito, enmarcando toda la antífona.

* y, todavía, forma el *clímax* tanto en los agudos como en los graves: es el punto melódico más fuerte (la primera nota de *Nos*) y el pico melódico agudo de toda la antífona (en el “*nostrí*”).

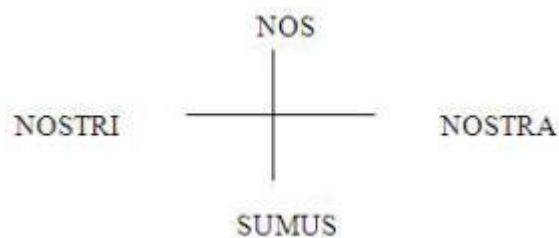
1. “Nosotros” debemos gloriarnos [*Nos*: primera palabra y la más grave]

2. En la Cruz de “nuestro” Señor Jesucristo [*nostrí*: el más agudo]

3. En el cual está “nuestra” salvación, vida y resurrección,

4. por quien “somos” salvados y librados [*sumus*: última palabra].

El “Nosotros” por lo tanto, encuadra la antífona en el eje longitudinal y cruza en forma perpendicular el desarrollo melódico (con sus dos picos), como para formar una Cruz:



Nos preguntamos nuevamente por qué este “Nosotros”, que somos nosotros, es tan importante, ya que nos estamos dirigiendo a Cristo en este momento tan focal de su misión. Este canto, con su entonación (*Nos autem*) nos lleva hacia dentro y a lo hondo, dentro de nosotros mismos, a la humildad de nuestra condición, con un movimiento de tres notas (*torculus*), que, partiendo de la nota más grave, se eleva un poco y luego se repliega sobre sí misma y dentro de sí misma.

Tomamos la invitación para ingresar en nosotros mismos, tanto hacia adentro como hacia abajo, porque cuando entramos hacia abajo y en lo íntimo de nuestra condición, encontramos a Aquél que entró hasta allí, que se abajó hasta allí: en nosotros.

Cristo ha descendido a nuestra condición, asume nuestra condición humana, pero nos transforma en él, porque en Él nos convertimos en partícipes de su vida divina.

Nuestro Introito canta de manera extraordinaria esta transformación, que es nuestra Pascua. De hecho, si nos fijamos en la segunda línea (“*nostrī Jesu Christi*”) y al mismo tiempo observamos la tercera línea (“*vita et resurrectio*”), vemos que los dos enunciados del texto están revestidos con la misma figura melódica, con los mismos sonidos, en un impulso hacia los agudos, hasta el *climax* de nuestra pieza.

La palabra “*Nostrī*” se canta en las mismas notas de “*vita*”; y “*Jesu Christi*” en las notas de “*resurrectio nostra*”. Jesús, que ha entrado en este “Nosotros” de manera tan radical, nos hace asumir su propia melodía, su propio canto:

The image displays musical notation for the Introit. At the top, a small box contains a melodic fragment: [G4 - A4 - B4]. Below this, a larger box shows the beginning of the Introit, labeled 'IN. IV'. The first line of music starts with a large 'N' and the text 'OS au- tem * glo- ri- á- ri opór- tet'. An arrow points from the melodic fragment above to the first note of the 'N' in the main staff. Below the main staff, two more lines of music are shown, with the text 'nostrī Je- su Chri- sti,' and 'vi- ta, et re- surréc- ti- o no- stra,'. Arrows point from the melodic fragment above to the notes for 'nostrī' and 'Je- su Chri- sti,'.

Contemplemos cómo gramaticalmente “*nostrī*”, que es simplemente un atributo, queda enmarcado y protegido dentro del bendito nombre, *Señor ... Jesucristo*. ¡Porque el Señor es el Señor “nuestro”! Amparados en su santo nombre, alcanzamos en él el *climax* de nuestra antífona. Y cantamos el Bendito Nombre que nos recibió en su sacrificio para transformarnos a la luz de su gloria: él es nuestra salvación, vida, resurrección.

Por lo tanto, pidamos con el Salmo 66 (el versículo que sigue a la antífona) que “Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros y derrame su amor, porque conocemos su camino en la tierra”. El camino es la Cruz, nuestra gloria: *Nos autem gloriosi oportet*

in Cruce Domini nostri Jesu Christi, in quo est salus, vita, et resurrectio nostra, per quem salvati y liberati sumus"².

Esta centralidad del “nosotros” en la teología de san Pablo se corresponde con su doctrina sobre al Misterio de Cristo: *Cristo en nosotros, esperanza de la gloria* (Col 1,27). La Cruz todavía debe llegar a su plenitud en cada uno de “nosotros”. Es esa la Cruz que se celebra en la Exaltación, que debe alcanzar su plenitud en todos los miembros del Cuerpo de Cristo.

3. *Alleluia: Dulce lignum, dulces clavos*

8.

A

Lle-lú-ia. *

∩. Dulce lí-gnum, dulces clávos, dúlci-a

fé-rens pón-dera : quae sóla fu-ísti dí-

gna susti-né-re régem caeló-rum * et

Dó-mi-num.

El *Alleluia* toma las palabras del himno de la Pasión *Crux fidelis*. Sin embargo, cambia radicalmente el espíritu con el que vive esas mismas palabras en la Pasión. Mientras en el himno estas expresiones tienen un lirismo ardiente y vivaz: *Dulce lignum...* cargado también de sentimiento y dramatismo, ahora, en este *Alleluia* expresan una serenidad bien propia y característica del modo 8, tal como se presenta también en el triple *Alleluia* Pascual. De hecho, maneja el mismo ámbito sonoro, es decir, construye por debajo de la Fundamental SOL, llega a esa Fundamental y desde allí toma impulso

² Tomado de Gianmartino, Maria Durighello, compositora, directora y maestra de coro, ocupa la Cátedra de Ejercicios Corales en el Conservatorio “Steffani” de Castelfranco Veneto, y enseña Música Sacra, Técnicas de composición musical y Estética del canto gregoriano en la especialización de dos años del mismo Instituto. Colabora con la Oficina para la Liturgia de la Diócesis de Padua y está presente en cursos de formación (musicología, liturgia, espiritualidad).

para subir a la Dominante DO, pero para volver enseguida a la Fundamental SOL. Con este movimiento musical la melodía centra los dos ámbitos musicales: el grave y el agudo, los dos ámbitos del misterio de Cristo, muerte y resurrección, en torna el eje que las une, que es la Cruz. Esto lo realiza de modo muy simple y rico en la primera y en la última frase musical. En el centro, al afirmar que *sólo tú fuiste digna de sostener al Rey de los Cielos*, la melodía se deja llevar por un lirismo ágil y sonoro, que lleva la Cruz por encima de toda la melodía, por encima de todas las cosas, sean de vida o de muerte. Todas ellas quedan transfiguradas por el canto del *Alleluia*, que no es sino la expresión musical de la Resurrección.

4. La Comunión: *Per signum Crucis*

Comm. 4.
P ER signum Crucis * de ini-mí-cis nó-stris
 líbe-ra nos, Dé-us nó-ster.
 T. P. Alle-lú-ia.

Corresponde a la visión de Constantino: *“bajo este signo vencerás”*, que no sólo es el estandarte real sino también la jaculatoria que resuena en todo momento en los labios del cristiano: *Por el signo de la Cruz líbranos, ¡Dios nuestro!*

Se puede preguntar, como hace Baron, en qué sentido esta antífona se relaciona con el acto de la Comunión. Sin embargo, el planteo puede ser al revés: se canta esto porque está expresando un misterio de comunión, bajo perspectivas que no estamos habituados. Lo más simple es ver en la Cruz la realidad que nos une más radicalmente a Cristo, en la muerte y en la vida.

Curiosamente la melodía está construida con el modo 4, un modo caracterizado por su monotonía. Sin embargo, esta antífona encierra una de esas sorpresas que dan los modos más cerrados y limitados.

La melodía esta tomada de la otra Comunión "*ab occultis meis*" que también es un canto pidiendo la liberación del enemigo, el auxilio de Dios. La gran diferencia es que lo que era muy genérico y abstracto en aquella antífona ("Dios"), ahora se hace concreto y palpable: el signo de la Cruz

La primera expresión "*per signum Crucis*" tiene toda la majestad que podrían tener los modos 8 o 1. Arrancando muy por debajo de la misma fundamental Mi (traspuesto como clave de DO) recorre por pasos toda una quinta y vuelve hacia los graves, una cuarta por debajo de la Fundamental MI (SI). De este modo la Cruz queda, musicalmente, en la base de toda la pieza y abarca y sostiene toda la melodía como referente, así como también sostiene la súplica y la esperanza de que sea escuchada.

Esta solemnidad que tiene la expresión "*per signum Crucis*" queda inmediatamente transformada por un verdadero clamor que se contrapone con los bajos a los que llego la pieza: *de nuestros enemigos*. Ese clamor se expresa con gran urgencia, a través de un *podatus* seguido por una *clivis* que se mueven entre el RE-FA, como para tomar impulso y dar toda su carga de peligrosidad a la maldad de los enemigos. Sin embargo, tanto esta como las dos siguientes expresiones, hacen una cadencia lenta, sin saltos hacia la Fundamental (MI, SI) que, como es un medio tono da a toda la pieza un matiz de serenidad confiada.

Después de presentar en forma tan expresiva a los enemigos, ahora eleva su suplica, que va más allá de donde llegaban los enemigos: *Libranos!* Bajando primero hasta el LA sube hasta el SOL agudo con un sólo salto, primero de una quinta y luego una tercia, para luego volver suavemente a su reposo en la Fundamental SI. Y a partir de ese SI comienza a desgranar el Nombre de Dios: "*Deus noster*". Lo hace a través de la herramienta principal del modo 4, esto es, un bordado en torno a la Fundamental que, como medio tono, da un matiz de serenidad a este gran clamor que encierra esta jaculatoria. Este final es una construcción bien detenida, saboreando la seguridad que da la invocación de "nuestro Dios" que, desde el otro extremo de la pieza, señala ahora, en Cristo, su equivalencia con el signo de la Cruz como lo más profundo del Nombre de Dios. De este modo, por los dos extremos de la melodía, queda musicalmente bien establecido que Nuestro Dios nos libera de los enemigos por medio de la Cruz, y que toda la agitación musical que traen los enemigos, llega

a la serenidad prolongada de este modo 4, girando en torno a ese medio tono que revela la verdadera victoria de la Cruz y la verdadera firmeza de la súplica.